

Antología de Belina Fernández



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

SUAVEMENTE

GATOS DEL PASEO

HE LLEGADO TARDE

LOS SEÑORES DE SALBORO

Domingo de portales

SUAVEMENTE

Yo moriré,
pero habré de llevarme este instante siempre.

Este silencio recluido en los tejados,
estos pájaros que cantan por placer,
estos murmullos que disuelven las calles
y ceden su voluntad al borne
ante la gravedad del universo.

Y mientras tanto,
con la levedad del que solo transita,
me quedo quieta,
aspirando el breve perfume de la impermanencia,
como el que aprende a perderse en la belleza,
envidiando el secreto de la montañas.

Así presumen ante mí todas las cosas.
Viéndome marchar, suavemente.

©BelinaFernandez-2022

GATOS DEL PASEO

I

Sin necesitarse ni encontrarse
las dos cabezas gatunas
se conducen por instinto
ajenas a las ciegas aptitudes
de la gente en movimiento.

Bajo la farola azul se desfiguran
las sombras firmes en la arena
y las testas recrean un nombre
para llamarse aunque solo sea
por no morderse las tardes
en la espera de un cuerpo nuevo
que las empuje a buscarse.

II

Tras los diques de piedra
nos intuimos sin vernos
con los ojos ahogados en sal y
arena de otras orillas.
Solo somos un párrafo en la historia de las olas.
Deshojamos el placer fortuito del encuentro.
Fugitivos de nuestros verdaderos cuerpos.

No es cierto
que seamos esos gatos del paseo
que quieren volver a casa y se niegan a saltar.

©BelinaFernandez-2022

HE LLEGADO TARDE

He llegado tarde
a las mieles que la vida calla
al triunfo que revierte de hierro
el corazón descubierto
a su olor a herida fresca
que se esparce entre los charcos vacíos
y las máscaras amadas.

He llegado tarde a esa mañana
a la distancia
de una nueva longitud de cercanía
a la risa que heredan los principios

y al deseo anónimo derrumbado
gastado de imprevistos
que florece y se refugia
en esos caprichos sin confines
que le devuelven al aire
el cansancio definitivo.

Con las manos llenas de posibles
nos creemos los dueños
de todo aquello que se escapa .

Belina Fernández 2022

LOS SEÑORES DE SALBORO

Para aprender bien el idioma
que los señores de Salboro cortejan
es indispensable amar el pan
y dejar que el corazón hable
por los surcos de la piel
por la carne hundida de las manos.

Perfuman la reunión
con las últimas risas de la tarde
y es de recibo
respetar la dicción de sus rasgos
su fino quiebro de poetas
el incansable todavía que los une.

Los señores de Salboro
saborean la gloria
que el campo celebra
y en homenaje a sus zapatos
reviven con orgullo
los años de sudor y rebeldía
y el contorno del humo de tabaco
perfila las cosechas
que el corazón vendimia.

Los señores de Salboro
no temen cuando miran .
Festejan la vida.
La enriquecen.

En las botellas de vino
conservan sus viejas historias
y sin que importen las certezas
acortan el camino de vuelta

(la franca dignidad del alma
sólo sabe de pozos y de estrellas)

Los señores de Salboro
se despiden del café a las siete
desaceleran el paso
detienen la conciencia en la distancia
devuelven la mirada al infinito
incurren en la espesura
de lo incierto
y saben que los amigos
y el olor de la compañía
alrededor de una mesa
son la más santa recompensa
a la fatiga humana.

Domingo de portales

El mundo descansa los domingos
y los portales duermen su ausencia.
Goza de la plenitud anestesiada de la calle.
Las puertas se ciernen al silencio
libres del bullicio
y de la ardiente combustión humana
de fe y patrimonio.
El domingo porta un suéter cansado
y un saludo triste le cuelga de la manga.
Es la cara amable de un vinilo de Tom Watts.

En el aire se intuye una homilía de cuerdas
y tras los balcones
las trompas Mahlerianas amortiguan su lamento.

El domingo invoca insomnios eternos que duran semanas.

Y de tanto y tanto repetirse
se convierte en un huésped pacífico
con alma de luna
que se marcha cuando ya es demasiado tarde
y empezábamos a desear que se quedara